



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Comentario a “Resistencias a la Guerra del Paraguay e identidad federal: los desbandes de Basualdo y Toledo” de Mónica Alabart

Hilda Sabato

CONICET/UBA- Programa PEHESA del Instituto Ravnani

Mónica Alabart nos ofrece una interpretación sugerente de los episodios de deserción masiva en las tropas de la Guardia Nacional de Entre Ríos durante su concentración en Basualdo y luego en Toledo para marchar a la Guerra del Paraguay. Luego de un comienzo en que se hacen referencias generales a esa guerra y se señala la vacancia historiográfica sobre el tema, el texto se detiene en la descripción de la movilización de las tropas entrerrianas bajo el comando de Urquiza y en los desbandes mencionados que tuvieron lugar en julio y en noviembre de 1865 respectivamente. Las reacciones de los diferentes actores frente a esos hechos constituyen un punto nodal de este trabajo, que se sostiene con documentación original muy elocuente. Se observa así la decisión de Urquiza de no perseguir inicialmente a los desertores, en pos de asegurar la paz interior de la provincia, así como la actitud del presidente Mitre, que reafirma la alianza con el líder entrerriano y el apoyo a lo que aquél ordenara en su área de influencia. Un lugar fundamental ocupan los jefes políticos y militares de segunda y tercera línea, que dan cuenta a su comandante de los sucesos ocurridos entre sus tropas, a la vez que le manifiestan su adhesión sin condiciones.

Con este marco, la autora se interna en el foco de su interés: los desertores. Según deduce de las declaraciones de Urquiza y los jefes a él subordinados, fueron los soldados subalternos los protagonistas únicos de los

desbandes. En los dos casos, éstos habrían actuado colectivamente en función de sus propias motivaciones. Para explorar “las razones de las tropas”, Alabart remite a bibliografía reciente, sobre todo los textos de Roberto Schmit, que refieren a los cambios operados en esa década en Entre Ríos en las condiciones de las clases populares. También, reflexiona a partir de las resistencias – destacadas por diferentes autores- a las levas y en particular a la guerra, a la alianza con el Brasil y a la lucha contra los paraguayos. En ese contexto, la figura de Urquiza habría ido perdiendo su liderazgo y prestigio entre las clases populares, dando lugar a una “redefinición de las identidades partidarias al interior del federalismo entrerriano”. Los desbandes marcarían así un punto de inflexión en la relación de Urquiza con sus bases populares, que desembocaría en la pérdida de su liderazgo y más tarde en su asesinato.

Esta propuesta tiene, como se ve, varias facetas que merecen comentarse, además de la hipótesis central que dejaré para el final. Una primera observación de índole historiográfica: el artículo se inscribe en un cruce entre la historia política del período (y en particular de la Guerra del Paraguay) y el campo de los estudios sobre los sectores subalternos y su participación política. En ambos casos, pero sobre todo en la consideración de la guerra, se mencionan casi exclusivamente los contados aportes de historiadores argentinos y casi no hay referencias a la más prolífica bibliografía de otros orígenes. Atender a esa producción enriquecería la visión del conflicto y contribuiría a desprovincializar nuestra mirada.

Me gustaría destacar, en segundo término, el esfuerzo realizado por Alabart para analizar la movilización entrerriana y los episodios de deserción masiva. Las descripciones basadas en documentos y textos de época resultan originales y abren nuevas preguntas. En esa dirección, sería fundamental extenderse un poco en el tiempo para explorar tanto la persecución que eventualmente se desató contra los que se habían sublevado como el procedimiento de la nueva convocatoria de los que terminaron, ellos sí, marchando al frente. La breve referencia -al final del texto- a las instrucciones impartidas por los superiores que

ordenaban reprimir a quienes se resistieran a subir a los barcos que los conducirían al Paraguay no alcanza para dar cuenta de los mecanismos y formas de reincorporación a las filas. Explayarse en estas cuestiones -la represión a los sublevados y el nuevo (exitoso) reclutamiento- permitiría a la autora despegarse de la coyuntura de los desbandes y observar a los protagonistas de esos hechos en sus acciones y reacciones más mediatas. El punto es relevante para la hipótesis más general sobre los cambios que estarían operándose en la identidad partidaria de los sectores involucrados (ver más abajo).

Una tercera cuestión remite a los jefes intermedios. La autora recoge testimonios de figuras importantes dentro de la organización político militar encabezada por Urquiza, así como de otros de segunda y tercera línea, en todos los cuales se manifiesta la fidelidad al jefe máximo. Estos textos resultan una fuente de gran interés, tanto por lo que dicen como por cómo lo dicen. En ese sentido, la insistencia de cada uno de estos hombres por mostrar su desconexión respecto a las sublevaciones protagonizadas por sus tropas, así como por reiterar su fidelidad a Urquiza parece inscribirse en un ritual de subordinación propio del tipo de liderazgo ejercido por este. En ese marco, las afirmaciones de “inocencia” por parte de los jefes y de desconocimiento de lo que las bases se traían entre manos no alcanzan para dar cuenta de cuál fue su relación con los hechos ni para ponderar hasta donde llegaba, en los distintos casos, esa autoproclamada falta de involucramiento en los sucesos.

Esta cuestión se relaciona con un cuarto punto. Sabemos poco y nada respecto a la organización de los soldados. De acuerdo con las descripciones que aquí se ofrecen, parece difícil imaginar estos episodios de rebeldía como tumultos totalmente espontáneos o improvisados. En ese sentido, sería interesante prestar mayor atención a la mecánica de la acción colectiva, “mirar” el escenario de los sucesos; el texto incluye algunos avances en esa dirección que habría que seguir explorando. Sugiero, además, preguntarse por las tramas de relación que operaban en el seno de la tropa, tanto las de tipo “vertical” que articulaban a bases

y dirigentes de diferente nivel (y aquí las figuras de los jefes menores cobran relevancia) como las de tipo horizontal, entre los propios soldados. Esta indagación permitiría entender mejor los mecanismos de acción colectiva, que no se resumen en la suma de individualidades pero tampoco resultan necesariamente de la existencia de un actor colectivo previamente definido.

Para terminar, paso al nudo de este texto: las identidades. Alabart plantea la hipótesis de que los episodios analizados “se inscriben en un contexto más amplio que llevó a una redefinición de las identidades partidarias al interior del federalismo entrerriano”. Como mencioné al principio hay, en este sentido, una reflexión sobre los cambios estructurales que se estaban produciendo en Entre Ríos y su incidencia en las clases populares, así como una mención más específica a la alianza de Urquiza con el presidente Mitre y su decisión firme de acompañar la política de guerra contra el Paraguay. Estas cuestiones habrían llevado, según la autora, a un gradual distanciamiento de los sectores subalternos respecto a su filiación federal y urquicista anterior. Los desbandes de Basualdo y Toledo serían, así, una consecuencia y a la vez una prueba de esa desafectación.

Esta interpretación despierta algunos interrogantes. En primer lugar, este cambio reconoce como punto de partida la existencia anterior de una identidad federal y urquicista, la que habría tenido una versión propia entre los sectores subalternos. Me pregunto aquí por la definición misma de aquella identidad política así como por la especificidad de su versión popular. Dado que este segundo aspecto ocupa un lugar fundamental en el texto de Alabart, centraré allí lo que sigue de mi comentario. En este punto, la argumentación se apoya en el supuesto de que los sectores subalternos, como sujeto social, habrían constituido un actor político colectivo diferenciado de otros actores pertenecientes a la misma corriente partidaria. No hay, sin embargo, indicación alguna acerca de su especificidad en el plano político ni de las características que habría tenido una versión subalterna del urquicismo. En vista de ello, me pregunto si no se podría postular, en cambio, una identidad federal y urquicista compartida por actores provenientes tanto de las

clases subalternas como de otros orígenes sociales. Si así fuera, los cambios en esa materia no habrían sido algo específico de aquellas clases sino parte de una modificación más general del lugar de Urquiza en la constelación federal entrerriana, proceso que requiere una mirada de conjunto a los actores políticos del momento. El artículo parece insinuar (sin decirlo explícitamente) que el desgaste de su liderazgo habría empezado por abajo; de allí la insistencia en mostrar que los jefes intermedios - incluso López Jordán, quien más tarde encabezaría la rebelión contra Urquiza- no estaban implicados en los desbandes de 1865. Habrían sido los subalternos los primeros en mostrar signos de ruptura con su jefe. Pero sostener este argumento requeriría comprobar efectivamente, que en esos años el resto de los sectores urquicistas se mantuvieron firmes en su adhesión y, a la vez, mostrar la continuidad de la desafectación popular más allá de la coyuntura de Basualdo y Toledo.

Estos episodios hablan, en efecto, de una pérdida de autoridad por parte de Urquiza, pero ¿alcanza ese dato para tomarlo como punto de inflexión en materia identitaria? Un resquebrajamiento de la confianza de las bases al líder, un motín de soldados, una desobediencia, no necesariamente constituyen pruebas de disolución de una identidad política y menos aún de la constitución de una nueva.

Me pregunto, finalmente, hasta qué punto la lectura que se hace aquí de los hechos estudiados está teñida por lo que sabemos vino después. Es difícil abstraernos del conocimiento de cómo resultaron las cosas, y por cierto que los desenlaces tienen un rol central en la reflexión de los historiadores. Con frecuencia, sin embargo, el futuro se anticipa para opacar las acciones y razones del presente bajo estudio, iluminando solo aquellos aspectos que preanuncian el efectivo desenlace. Este artículo está tensionado en esa dirección. El acápite que lo encabeza es, en ese sentido, muy elocuente: la autora eligió un texto de ficción donde “habla” el asesino de Urquiza, un soldado entrerriano que al dar cuenta de su crimen de 1870 evoca el episodio de Toledo como el momento de giro que anunciaba lo que vino después... Este relato imaginado por Ricardo Piglia opera

así como clave de lectura del ensayo que le sigue, una clave cuyo punto de mira está precisamente al final de esta historia..

Para terminar, quisiera subrayar la productividad de este artículo de Mónica Alabart. Aborda un tema poco estudiado, recurre para ello a un conjunto original de materiales documentales, ensaya una articulación de problemas ya estudiados con otros novedosos, y propone una interpretación que abre nuevos interrogantes. Esto es, cumple con los propósitos fundamentales de un buen ensayo de historiador.